

UN CHILENO PATAGON EN MONTEVIDEO

UN jurado chileno, presidido por el rector Eugenio González, acaba de conceder a Francisco Coloane —a propuesta de Ricardo Latcham— el Premio Nacional de Literatura. Coloane, 54 años, barba canosa, ojos grandes y tranquilos y alientos, ha estado unos días en Montevideo con motivo de una reunión de intelectuales organizada por el FICEL, y, contrariando sus hábitos de vagebundaje, de atracción irresistible por el mar y la vida

natural, ha participado, con cuello y corbata, de la vida intelectual uruguaya.

En casa de Jesualdo lo encontramos, observando codicioso el mar como desde un observatorio natural, y explicando su cuento, "La foca negra" que María Carmen piensa ilustrar, y en el cual vuelve a sus habituales escenarios patagónicos, esta vez a la tierra de los indios alcalufates: un conjunto de peñascos desérticos en Tierra del Fuego, donde ha sobrevivido una tribu cuya vida e historia cuenta amablemente.

La vida y la literatura de Coloane están estrechamente vinculadas con la tierra patagónica. "Tiene algo, especial, que atrae —me dice—. Sólo he encontrado algo parecido en la Mongolia interior, que también es de terrenos del secundario que han emergido sobre las aguas. Y comprendí esa atracción cuando lei en Darwin, en las últimas páginas de su libro sobre el viaje de la Beagle que a su memoria volvían las imágenes de la pradera patagónica. Quizás es una necesidad que nos viene de cuando fuimos peces".

Nacido en Chile, criado desde niño en la Patagonia donde trabajó en las haciendas de cría de ovejas, viviendo entre estos animales más felizmente que entre los hombres. Coloane no ha hecho sino escribir sobre ese mundo, y fue la nota exótica que aportó a las letras chilenas lo que quizá explique la persistencia de su éxito: "Todos los años se venden cinco mil ejemplares de mis libros", me dice, como disculpándose de que últimamente no haya agregado nuevos títulos a los que lo consagraron. En 1941, "El último gramo" de la Esmeralda y Cabo de Hornos le ganaron la atención gozosa del público. "Chile es un país tan largo y tan desconocido —explica despaciosamente, entendiendo con sumo cuidado las palabras porque está

delante de un periodista y debe vigilar lo que dice— que cualquier libro sobre La Serena, Copiapó o Tierra del Fuego produce asombro, como si fuera una cosa exótica".

Junto a ese carácter de su literatura está otro que ya debió Alcega refiriéndose a Tierra del Fuego (su gran éxito, de 1956), al decir que "una novela penetra en esta obra no como en un libro sino como en la realidad, en una realidad propicia y viril, algo peligrosa a veces, fantástica". La convicción de que el ambiente, los personajes, las situaciones, de sus cuentos eran reales sirvió de apoyo al interés del público. Incluso su estilo torpón, su realismo proletario, podríamos decir, que no vacila en la incursión aventurera, en el nocetado melodramático de los tipos humanos, ha tendido un cable cómodo a la atención del lector chileno, quien reencontró en tierra nacional aunque exótica, esas historias tensas, viriles, dramáticas, que le ofrecían una nueva imagen del chileno.

Coloane crea su personalidad en base a no incorporarse demasiado a las letras, a ser el hombre natural que vive, y, alguna vez escribe. No opuna sobre las letras de su país; confiesa que lee las novelas ajenas sólo si le atraen, y en general no parece muy enterado de la producción nacional: recuerda alguna anécdota, cuando en un concurso eligió en vez del Yumbú que proponían Manuel Rojas y José Santos González Vera, una historia de enredos amorosos, y la miraba entre alarmada y despectiva de sus copistas; por último acota para terminar de redondear ese personaje: "Yo soy escritor un poco por oportunismo. Confieso que escribí mi primer cuento no por interés literario, sino para conquistar un premio que me significaba una cantidad de dinero que necesitaba".

Este, digamos "naturalismo", que asume Coloane en su conversación parece venir directamente de sus libros, y, por lo mismo, se hace "literario", como esa Tierra del Fuego donde varios ex-hombres viven en un mundo elemental donde las pasiones actúan con la misma violencia que los elementos naturales tratando de componer —más allá de la armazón anecdótica del suspense de su intriga novelesca— una captación de los valores básicos de la vida: aquellos que en definitiva establecen la estrecha relación de la biología y de la naturaleza.

Coloane se confiesa perezoso, y nada tiene entre manos. Su modo de trabajar es empuinado y dramático, retomando las vivencias que están en su memoria, buscando atrapar los hombres en su expresión más pura, en lo elemental (aquella criatura que vive entre animales, en su primer libro) que con ellos compone una vida pristina, y atribuye a su partido la disciplina, la metodización que ha ido adquiriendo con los años. También le queda a la que se ingresa, cuando se comienza, aunque sea como colaborista, con la literatura, se gana el apoyo del público, el interés de la crítica —Latcham ha sido uno de sus sostenedores permanentes— y se termina cumpliendo con un verdadero servicio público, porque se escribe para lectores que aguardan con voracidad los libros.

